

El fin de la inocencia

Victor César Villalobos Villaseñor

Síntesis: Los ruidos de la ciudad se mezclan y confunden con la furia de los motores y los cláxons. Hay veces que un pregón anónimo y lejano provoca las más fecundas imaginaciones.

Un oscuro conjuro. Una vendimia a deshoras. Un pregonero dolorido y miserable con el fardo de la merca aún lleno. Un alma en pena. Es un canto enigmático que inunda las calles del barrio de ese lamento milenario. Intuyo el fluir sorpresivo del sonido como agua invicta que nos rodea y nos ahoga sin remedio: el verbo no asfixia; es un llamado: una conexión, un aullido diáfano y primigenio; una entonación conservada y enriquecida a través de las generaciones de los hombres.

A pesar de la distancia (y el tiempo inmemorial) de una avenida plena y sus motores y sus cláxons; sus prisas y sus arrancones, este brebaje sonoro se impone grueso y enigmático. Es un tiempo fuera del tiempo y fuera de la ciudad: se impone el misterio y la penumbra. Imagino una pócima que solo puede beberse acompañada de esas palabras rituales; una fruta exótica de temporada que solo puede venderse a muy altas horas.

Me detengo: ¿cuál temporada? En los ocho años que tengo viviendo en el norte de Zapopan hay meses enteros en que echo en falta esa repetición a pulmón abierto que, como el latín de los conjuros, *Malleus malleficarum*, guarda sus arcanos. Otras, por el contrario, suceden en días consecutivos entre semana. Su aleatoriedad me confunde, me enloquece.

Los horarios en que se escucha este dolido pregón es tan i-rre-gu-lar que, cuando menos me doy cuenta, a las nueve o diez de la noche, ahí está con su pausa, su enjundia y su ritmo de laringe, glotis y cuerdas vocales. Aguzo el oído y no distingo el idioma, el sentido. Es como si lo supiera desde el principio, pero, como el propósito de la vida: cuando siento que lo voy a alcanzar, se vuelve más lejano, confuso: humo de vahído.

Las alucinaciones sonoras producen imágenes fructíferas, como de LSD. Pienso en ese esforzado —y malogrado— voceador como un hombre delgado y correoso, de sombrero de palma y moreno, los ojos escondidos bajo el ala del sombrero, con su itacate de postrera vendimia entonando gritos en nuestra lengua, pero con palabras que desconozco, ¿es también nuestra lengua las palabras que ignoramos? Lo imagino desesperado a esas horas intentando vender aunque sea un poco para llevar el sustento a su casa. Su voz melodiosa y profunda



incentiva a comprar esa mercancía ansiada solo por la melodía de su grito.

Sábado por la tarde. Salgo a la lavandería y entrego la ropa, mientras camino de regreso, ahí, etéreo: el canto, todavía indistinguible, pero cercano. Me sacudo la flojera y la modorra —y mi natural cobardía—, renuncio a mi timidez y me lanzo a la aventura. Termina pronto. En el estacionamiento en batería del casino del Sindicato de Académicos de la UdeG, un hombre grueso con una camisa un poco deslavada mueve con su brazo un foco de leds para exteriores. Repite el mantra:

“¡Lugar pa’ los Charros, lugar!”; “¡Hay tráfico a la salida!”; “¡Lugar!...”. Grita al rugir de los autos indiferentes que siguen de largo hacia la ex glorieta del Maíz, por Pares Arias. Descansa cuando el semáforo marca el alto. Luego arremete de nuevo.

A pocas cuerdas, el estadio Panamericano recibe algún partido de postemporada del equipo de beisbol.

Muerto el misterio, mi vida es un poco más miserable. Además, ni me gusta el beis y ni carro tengo. Jai Guru Deva ¡Ohm!